



# LOS MISTERIOS

DEL

# ALCAZAR



**NOVELA ORIGINAL**

DE

**DÉDALO**

*Serafín Pérez*

**BUENOS AIRES**

1874

*Oriental  
Miguel  
Córdoba*





LOS MISTERIOS

DEL

ALCAZAR



**NOVELA ORIGINAL**

DE

**DÉDALO**

**BUENOS AIRES**

1874



# LOS MISTERIOS DEL ALCÁZAR

---

## Ella y él

### I

¿Quien no ha conocido, y quien no conoce, de nombre al menos, á Mdlle. Leontina Douvry, primer saltimbanqui del Alcázar Lírico de Buenos Aires, y cuya reputacion de rompe y raja es tan proverbial como su hermosura y sus pantorrillas?

Una página del libro de su vida, la mas curiosa y menos sabida tal vez, (pues que la mayor parte de las otras, aunque pertenecen á la vida privada, son tan públicas como pública es la protagonista,) es la que me propongo arrancar y dar á luz para proporcionar con ella un momento de distraccion á mis lectores; dar un ejemplo á la juventud, y demostrar cuanto engañan las apariencias, y como bajo el manto de cieno de una cortesana puede ocultarse un corazon de oro.

Y basta de preámbulos.

Vamos al asunto.

--

No faltará quien diga que Mdlle. en la parte física no es, ni con mucho, una divinidad; pero á nuestra vez diremos que nadie negará que es una mujer bella y tentadora, tal vez demasiado bella y tentadora; y el que pueda decir lo contrario no corre peligro.

Su cútis es blanco, trasparente, diáfano; sus ojos son espresivos, y sus miradas, ora cariñosas y risuñas, ora altaneras y despreciativas, unidas á una sonrisa dulce y bondadosa ó á un fruncimiento de lábios encantador, arrebatan y enloquecen ó imponen y anonadan.

Su frente es hermosa y despejada; sus lábios tienen ese pálido color de las rosas, y dejan á descubierto al entreabrirse una doble hilera de finos dientes semejantes á otras tantas preciosas perlas;—su cabello es rubio oscuro, y abundante; y sus manos y piés, leves, diminutos, hechiceros.

Su cuerpo airoso y gentil tiene la graciosa flexibilidad del junco;—y su seno turgente y alabastrino es delicioso, y le ha llamado con justicia un poeta amigo nuestro, *el nido del Amor*.

Mdlle. en la parte moral es un amalgama de sentimientos extraordinarios; una contradicción viva, andante y ambulante:—la personificación del génio del mal, y la encarnación del génio del bien.

Es algo inexplicable, incomprensible.

Mdlle. por un quitame allá esas pajas, le planta un bofetón al lucero del alba, y si la incomodan, si la fastidian, si la cargan demasiado, entonces toma cartas en el asunto su inseparable compañero, un precioso *revolver*; que aunque manejado por aquellas manecitas tan delicadas, fuera suficiente y aun de sobra, para meter miedo y hacer echar á correr al mismísimo moro Muza, si este caballero viviera todavía.

Porque Leontina no es en aquellos momentos Leontina sino una Leona.

Se trasfigura. Brotan ardientes llamas sus bellos ojos, y sapos y culebras su rosada boca; su aspecto es altanero, imponente; su ademán enérgico, decidido; pintándose en sus facciones descompuestas una inquebrantable resolución y una terrible espresión de cólera

que la hace doblemente bella; con esa belleza del ángel malo que cautiva y espanta á la par.

Y pasemos al reverso de la medalla: al polo opuesto. Este es mas hermoso, mucho mas hermoso: la antítesis mas completa del anterior.

Mirada bajo este punto de vista Leontina es digna de la admiracion, del aplauso y del respeto. Deja de ser la impúdica cortesana para convertirse en la mujer honesta, de trato afable, de modales distinguidos y amena conversacion; deja de ser mujer para trasformarse en ángel; en ángel que consuela, que anima, que fortalece con los sábios consejos de su esperiencia, una esperiencia que no engaña y que nadie pondrá en duda.

Esta es Mdle. para con sus amigos; para con aquellas personas, escasas á la verdad, que olvidando su pasado, sin detenerse á examinar su presente, le han brindado su amistad franca y sincera á la que ella corresponde generosamente.

Muchos, innumerables han sido y son los hombres que han perdido por esa mujer la tranquilidad y la fortuna, y muchos tambien los que han perdido el juicio y el corazon.

Entre estos últimos puede contarse á Enrique Guzman.

¿Sabeis quien era Enrique Guzman?

Un desheredado, un pária, un poeta.

Sin mas bienes de fortuna que su inteligencia, Enrique vivia en la escasez, por no decir en la miseria, con el producto de su ímprobo trabajo, tan poco, ó tan nada apreciado entre nosotros.

La vida del poeta es una cadena de sinsabores, de amargas y crueles contrariedades. Para conquistarse un nombre, una posicion, hay tantos obstáculos que vencer, tantas decepciones que sufrir, tantos sufrimientos que sobrellevar, que cuando por fin llegan á verse

realizadas las risueñas esperanzas del poeta, convertidos en realidades sus mágicos sueños de color de rosa, la luz se vá estinguendo en su trabajado espíritu, y su cuerpo se encuentra rendido, moribundo.

Muere el poeta, y aquí las de la opinion pública.

Recien entonces se reconocen sus méritos; recien entonces sus obras son buscadas, disputadas, leidas y releidas con interés; y su nombre que se oye resonar por los ámbitos del mundo, repetido por las doscientas mil trompetas de la fama, es colocado entre el número de los grandes génios.

Este es el premio de sus afanes; esta la recompensa de sus desvelos.

Y podriais preguntarle de qué le sirve la gloria póstuma.

¿Acaso ella impide que los gusanos inmundos roan su cuerpo miserable que se pudre á cuatro varas bajo de tierra?

—

Mientras vive, el poeta, apurando la hiel de su existencia, para desahogar su dolor llora á solas; pero trabaja, trabaja siempre, y lo que es mas, rie llorando; se ven nacer bajo el poder de su pluma creadora panoramas risueños y encantadores, mientras el amargo llanto de sus ojos baña el papel sobre que escribe.

Nuestro héroe, pues, era poeta, y pobre, (sinónimos,) y bastaba eso para que cualquiera supusiese que su vida debia ser un tejido continuo de contratiempos y pesares.

Pero Enrique, despreocupado por naturaleza, y escéptico por convicciones, habia peregrinado hasta entonces por el mundo con la sonrisa en los lábios y la indiferencia en el corazon.

Para él no existía ni el placer ni el dolor, ó si existían no tenía conocimiento de ello.



Así, al menos, lo decía á sus amigos con adorable ingenuidad.

El amor era para él un pais desconocido que nunca habia tenido la curiosidad de esplorar.

Eso quedaba para los tontos.

¿Tenia razon?

Puede ser.

Tal era el carácter de nuestro héroe; es decir, en concepto de los que le conocían, ó pretendían conocerle, y lo que él mismo creía.

Pero ellos se equivocaban, y Enrique queria engañarse á sí mismo.

Bajo aquella capa de aparente escepticismo é insensibilidad se ocultaba un corazon de fuego, ardiente, impresionable, capaz de los mayores sacrificios como de las mayores locuras,—y un pensamiento emprendedor, enérgico, tenaz é irresistible.

El amor, como el odio, debían ser en aquel hombre, impetuosos, volcánicos, infinitos.

Felizmente estos dos sentimientos yacían adormecidos en el fondo de su corazon.

Solo una ráfaga se necesitaba.

Lanzada esta, y agitado el huracan de sus pasiones, lo empujarían, lo arrastrarían impetuosamente á su perdicion ó su felicidad.

¡Hasta el fin! sería su divisa, y para llegar á él no tendría inconveniente en echar mano de cuantos medios estuviéran á su alcance.

Ni lo abatirían los peligros, ni los harían retroceder los obstáculos.

Llegaría hasta la inmensidad en el amor, y sería implacable en el aborrecimiento.

En mal hora, pues, para ella, y en malísima para él, Enrique vió á la Douvry.

Ver á aquella mujer sin amarla era imposible.

Y Enrique se enamoró; pero se enamoró perdidamente, como un loco, como solo podía enamorarse él.

Y ella....

Mas esto ya es cuestion de un capítulo aparte.

Pasaremos á él, si mis lectoras gustan.

## Un juramento

### II

Era una noche del mes de Agosto de 1873.

Llovía.

Y vosotros sabeis que en Buenos Aires, cuando llueve, la calle que no se convierte en un rio, se cubre completamente de lodo.

Dos enemigos declarados de las botas y pantalones del prójimo, y protectores decididos de los lustradores y los sastres.

Hay calles que sería necesario atravesarlas á nado.

No sé si alguien lo habrá hecho asi; pero si sé positivamente que un amigo mio, económico hasta la pared de enfrente, y original hasta mas allá de la pared de enfrente, que cuando llueve preserva admirablemente del barro sus botines cubriéndolos de papeles de diario;— para atravesar los *terceros*, abre su paraguas, lo arroja al agua, se monta en él, y sirviéndole de remo un baston que al efecto lleva siempre consigo, se transporta impávidamente á la acera opuesta entonando durante el trayecto, con voz baja y sentida, una tierna barca-rola.

Yo lo he visto varias veces, y puedo aseguraros á fé de miope, que es magnífico un paseo así, á la fosfórica luz de los relámpagos, y mientras retumban sordamente los truenos.

Pero dejemos á mi amigo, su bote y sus originalidades, y volvamos á nuestro relatò.

Creo haber dicho que llovía, y he mentido: diluviaba.

En vista del mal tiempo cualquiera hubiera creido que debian ser escasas las personas que asistirían esa noche al Alcázar; pero quien tal creyera se equivocaría de medio á medio, ó de extremo á extremo.

El café cantante, ese centro de reunion de toda la gente de buen humor y humor malo, que existe en la populosa ciudad de las lámparas de kerosene, estaba, como de costumbre, de bote á bote.

Esa noche se ponía en escena creo que por la centésima vez, la ópera bufa en tres actos, letra de ignoro quien y música de no sé cuantos, titulada «Les Turcs.»

Vosotros conoceis ó no conoceis *Les Turcs*.

Si la conoceis, habreis sabido apreciar ese raquíptico engendro del arte. . . . de cocina, en lo que vale.

Si no la conoceis, estoy en el caso de manifestaros que la pieza en cuestion sería mas digna de ser representada en un teatro de títeres, ante los muchachos pílletes, (que no por serlo dejan de figurar entre los bábicas y abri-bocas, y que componen el ilustrado público que concurre á deleitarse á aquellos coliseos); que en otro cualquier teatro, aunque este sea el Alcázar.

Porque no todos los que á él acuden salen satisfechos cuando se dán piezas de esa naturaleza.

Verdad es que en su mayor parte el público alcazareno es muy complaciente, demasiado complaciente, y no diremos que se conforma sino que lo que hace su delicia, son, cuatro cabriolas de las bailarinas, una moji-gangada de Colombet, y muy particularmente un *cancito* por la Douvry y Berta, las dos niñas mas recatadas que he conocido en todos los dias de mi vida.

Y en «Les Turcs» hay de todo eso: payasadas, cabriolas, can-can, *et sic et cæteris*.

Aparece un serrallo donde hay eunucos, (¡esto es muy gracioso!); odaliscas semi en cueros que se bañan en seco; un sultan, (Colombet,) con mas dibujos en la cara que un indio, y por último el hermano del sultan, un inocente muchacho, que sale á la escena con un tambor y un polichinela, redoblando en el uno y haciendo mover ligeramente el otro.

A este amable jóven se le ván los ojos, y tal vez mas, tras los naturales y manifiestos encantos de las mujeres del sultan.

Luego crece, se hace hombre, (durante el entreacto,) y le *sopla* la favorita al hermano, y la hace suya, y le quita el trono, y se sienta en él, y concluyen *Les Turcs* con un baile, (léase can-can,) improvisado por toda la corte.

Esto agrada de una manera extraordinaria al público; y el público aplaude frenéticamente, grita, chilla, silba, golpea sobre las mesas, dá contra los bancos, y cae el telon en medio de la mas atronadora batahola, de la mas espantosa zambra que imaginar se puede.

Así concluyen todas las noches los espectáculos del Alcázar; es decir, cuando no terminan á botellazos, garrotazos, estocadas y balazos, que es esto allí tan moneda corriente ó tan pan nuestro de cada dos ó tres noches, que á nadie toma de sorpresa volver á su casa con la cabeza rota ó la epidérmis agujereada.

¡Todo sea por la gracia del can-can y las gracias de las cancaneras!

A riesgo de ofender vuestro pudor, lectoras amabilísimas, salvo que salteis este capítulo, voy á conducir os al Alcázar y haceros asistir á la centésima representación de *Les Turcs*.

Ya estamos en la puerta: entremos.

El patio está lleno de gente que grita, fuma, bebe y toma café.

De los palcos han tomado posesion algunas *cocottes* de génio alegre y su respectivo séquito de adoradores paganos.

En uno de los palcos de la segunda galería distingo á Mme. Pipa; su cuerpo de sapo y sus patillitas á la inglesa.

Vosotros no sabreis quien es Mdme. Pipa, con su cuerpo de sapo y sus patillitas á la inglesa.

Es una respetable matrona, muy amiga mia, y que me permito creer me profesa alguna estimacion;—compañera, sirvienta, corre-vé-y-dile ó no sé qué de Mdle. Douvry.

Dicen que vive de su trabajo personal.

Como no me agrada inmiscuirme en lo que no me vá ni me viene, dejaremos que digan lo que quieran decir, y proseguiremos nuestro relato.

Pero no lo haré sin recomendar ántes, (y éste es un acto de merecida justicia,) á Mdme. Pipa, como un modelo de amigas complacientes.

Se notaba la ausencia del Dr. Bismark, el de los bigotes largos, uno de los mas asíduos tertulianos del café cantante, amigo de todas las artistas del mismo, y muy favorecido *in illo tempore* y en la actualidad también de una de ellas.

En aquella época el Dr. Bismark habia desaparecido para reaparecer mas tarde.

Creo escusado, pues, deciros que hoy ha vuelto á ser el favorito de la *ella*, que me permitireis no os diga que es la Douvry; porque ya he dicho anteriormente que no me agrada entrometerme en lo que no me importa.

La concurrencia era numerosa.

Podria contaros la vida y milagros de muchos de los que la componían; pero ya sabeis que soy muy reservado.

Rompió la orquesta, (una de las pocas cosas buenas que hay en el Alcázar), y se levantó el telon.

Empezaba la representacion de *Les Turcs*.

Mlle. Douvry estaba aquella noche arrebatadora.

Incitaba, atraía, su deslumbrante hermosura realzada por la magnificencia del traje que vestía.

Todas las miradas eran para ella; todos los frágiles pensamientos y livianos deseos que se traslucian á través de aquellas miradas, para ella tambien.

Mas de un corazon quedó enredado entre los vaporesos tules de la odalisca y las luengas crenchas de su cabellera de oro.

Leontina canta admirablemente mal, y como actriz no habrá indudablemente quien dé por ella una oblea; pero es bella, baila con mucha gracia, y enseña las piernas con todo ese *sans façon* de las *doncellas* (!) de su especie. Por esto, y nada mas que por esto, el público la aplaude y la arroja flores.

Le es simpática como mujer, por su descaro, su osadía y su variable carácter, (cualidades todas muy recomendables, á la verdad;) pero como actriz está bien convencido de que nada se puede esperar de ella.

---

En uno de los palcos bajos á la izquierda del espectador, se hallaban dos jóvenes de aspecto distinguido y que llamaban la atencion por su aislamiento y el silencio que guardaban, pues no se les habia visto dirigirse hasta entonces la palabra;—uno de los cuales, el mas jóven, moreno, robusto, bien formado y cuya edad no pasaría de los 20 años, desde que habia empezado la representacion seguía con una mirada insistente y tenaz á la Douvry, hasta en sus leves movimientos.

Por cada silto que daba Mlle., podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que el corazon de aquel hombre daba dos.

Nótese esta extravagancia: un corazon y una bailarina bailando can-can á compás.

Las miradas del jóven se hacian cada vez mas brillantes, mas ardientes, envolviendo á la Douvry en sus voluptuosos destellos;—sus manos, que apoyaba en el antepecho del palco, lo apretaban convulsivamente hasta el punto de dejar en él la señal de sus dedos.

(Esto no es muy difícil porque cada antepecho tiene dos pulgadas y media de polvo sobre la pana, con honores de terciopelo, de que están forrados.)

Nuestro desconocido no pudo al fin contenerse y tiró del brazo á su compañero.

—Diego, le dijo.

—¡Eh! profirió el otro volviendo vivamente la cabeza.

—¿Conoces á aquella mujer?

—¿Cuál?

—No hay necesidad que te la indique. La mas hermosa de esas odaliscas.

—La Douvry, entonces.

—Será. El nombre importa poco. Ahora bien, escucha y no olvides lo que voy á decirte. Tú sabes que yo no he amado nunca; tú sabes que jamas he tenido capricho alguno por ninguna mujer;—pero tambien sabes que jamas he falta do á mi palabra; pues bien. . . .

—¿Y qué? exclamó el amigo en estremo sorprendido de aquel extraño exordio, y fijando en su compañero sus ojos que espresaban la mas cándida admiracion. ¿Y qué?

Reinaba entonces en el teatro el mas profundo silencio; y creemos escusado decir que nuestro jóven en el estado de sobreescitacion en que parecía encontrarse, se cuidaba muy poco de si sus palabras eran ó no oídas por la numerosa concurrencia.

—¿Y qué? exclamó en voz alta y sonora que repercutió hasta en los mas apartados rincones del Coliseo.

¡Yo te juro que esa mujer será mia, ó el diablo se la ha de llevar á ella y á mí!

Resonó una esplosion de atronadores aplausos, mientras las curiosas miradas de todos los asistentes, espectadores y artistas, se dirijian al sitio de donde habian partido aquellas atrevidas palabras.

Pero nada se vió.

El palco estaba desierto.

Nuestros dos desconocidos habian desaparecido como por encanto.

Hubo un momento de agitacion entre los concurrentes, durante el cual la representacion tuvo que suspenderse.

En todos los círculos no se hacian mas que comentarios sobre aquellas palabras.

¿Quién las había pronunciado? ¿A quién habían sido dirigidas? ¿Quién era la *ella* de que se trataba?

Ni el enigma de la Esfinge ofrecía mas dificultades para resolver.

Y todavía parecía escucharse, resonando por todos los ámbitos del Alcázar, aquel audaz juramento pronunciado con tan firme acento de conviccion: «esa mujer ha de ser mia, ó el diablo la ha de llevar á ella y á mí.»

Por fin se restableció el orden.

Y la representacion siguió.

*Les Turcs* tocaban á su final.

Cuando terminaron, retirándose cada cual á su respectivo domicilio, quien mas quien menos, habia olvidado aquel incidente.

Solo Leontina habiendo notado la atencion con que era mirada por el jóven y adivinado á través de aquella mirada toda la fogsidad del amor que habia despertado en su corazon, se retiró preocupada, y sin poder apartar de su memoria aquellas palabras que la ator-



mentaban inmensamente; porque no sé que secreto presentimiento parecía decirle que ellas habían de realizarse, ocasionándole no pocos disgustos.

Mis lectores habrán conocido al joven moreno: era Enrique Guzman.

En cuanto á su acompañante era un íntimo amigo suyo, inseparable; tan inseparable como la sombra al cuerpo, como el polvo á Buenos Aires, como la corrupción al Alcázar, como el Doctor á la Douvry.

¿Cumplió Enrique su juramento?

Esto es lo que sabrá el lector si tiene la paciencia de seguir al autor hasta el final, en el intrincado laberinto de la presente obrita, tan pequeña sí, pero tan revuelta como la olla podrida de los españoles, como aseguran que está la mollera de S. E. Carapachay, como etcétera, etcétera.

Mas no en vano nos llamamos *Dédalo*, y ya que fabricamos el laberinto de Creta y gracias á nuestra arte salimos de él con entera libertad, teniendo solamente que lamentar la desgracia de nuestro amado hijo Ícaro, que se rompió la crisma por querer dar un beso al rubicundo Apolo; bien podemos salir tambien de este, que espero no me hareis la ofensa de creer sea tan intrincado como el anterior.

Y pasemos á otro capítulo, si no teneis inconveniente.

## **Amor y desden**

### III.

Hemos dicho que Enrique era pobre.

Y sabido es que para llegar al corazon de Leontina se necesita una escalera, cuyos peldaños sean de oro.

Mdile. es bastante alta, y el precio de la escalera debía ser por consiguiente muy subido.

Enrique no tenía con qué costearla.

Por su dicha ó desgracia, no había para él obstáculos, y se echó á revolver el mundo en busca de lo que necesitaba.

El Ferro-carril es uno de los adelantos del siglo, y el dinero, señor de muchas campanillas, anda en ferro-carril.

Enrique, aunque tenía buenas piernas y corría como un gamo, se fatigaba inútilmente procurando alcanzarlo.

El dinero iba que volaba por esos campos de Dios, lanzando chispas y humo.

Nuestro héroe empeñó su reloj, la cadena, y hasta la camisa.

Vendió todas sus poesías originales, y aunque estas podían formar algunos buenos volúmenes, no le dieron por ellas mas de cien pesos moneda corriente. (!)

Son muy baratas aquí las obras originales.

Con todo lo empeñado y vendido y lo por empeñado y vender, no llegó ni á la cuarta parte de lo que le era preciso.

Y Enrique se dió á todos los diablos, á todos sin escepcion; pero se dió á ellos porque sabía que no lo habían de recibir.

No se arrancó los cabellos por no quería quedarse calvo.

No se suicidó porque no quería gastar en *revólver*, ni en puñal, ni siquiera en fósforos.

Y por último, no se arrojó al rio por dos razones: primera: porque las aguas estaban demasiado sucias; —y segunda: porque era invierno y hacía mucho frio, un frio intenso, glacial, que hacía tiritar todo el cuerpo en general, y llorar las narices en particular.

Enrique nada de esto hizo; pero maldijo una y mil veces su mísera existencia, se lamentó, gritó, y hasta lloró.

Era cuanto se podía pedir en un carácter como el suyo que de todo podría tener menos de Jeremías.

Lloró, sí, como llorar pudiera la mas débil mujer.

¡Oh Leontina, Leontina! ¡quién te había de decir que cada una de las lágrimas que aquel hombre derramaba, te costaría á tí un ciento!

Al fin cambió nuestro amigo de táctica.

En vista de que la fortaleza no podía ser escalada por oro, procuró rendirla por amor, lo cual no dejaba de ser mucho mas difícil, infinitamente mas difícil, casi imposible.

Empezaron, sin embargo, los trabajos.

Al siguiente día de tomada aquella determinacion, la Douvry recibió cuatro epístolas consecutivas conteniendo otras tantas declaraciones.

En ellas se le pintaba con los mas vivos colores, un amor volcánico, inmenso, infinito: un amor infernal; tal cual lo sentía Enrique;—y se le suplicaba, se le rogaba, que indicase una hora para poder verla en su casa.

Leontina no contestó, ó mas bien dicho contestó; pero con el silencio, que es una respuesta terminante y sin réplica cuando se trata de una declaracion.

No por esto desmayó nuestro enamorado.

Concurría al Alcàzar todas las noches, y aplaudía y arrojaba flores á la Douvry.

Esta las recojía y las tiraba en seguida, lo que era hacer mucho aprecio de aquellos presentes.

Enrique, sin preocupase mucho de los desdenes de la ingrata, se hizo la sombra de Leontina.

La perseguía incesantemente.

Por todas partes se encontraban. Donde quiera que

la Douvry dirigía sus miradas, veía á Enrique, de pié ó sentado, siempre sonriendo, que la miraba cariñosamente, y á quien ella había empezado á cobrar aversión.

Tanto hizo aquel que Mlle. se fastidió.

Y una tarde, hallándose los dos en el Alcázar, se aproximó á él tranquilamente, fumando un cigarrillo de papel, y al par que le arrojaba desenfadadamente al rostro una bocanada de humo, le dijo que si no cesaba de seguirla se vería en el caso de hacerle dar una paliza.

Nuestro héroe agradeció los buenos deseos con sus mas dulces palabras y almibaradas sonrisas;—y aprovechando la oportunidad de poder hablar con ella, desdiciendo la amenaza, le hizo una milésima declaracion verbal.

En lo mas interesante de su discurso, Mlle. le cortó la palabra volviéndole bruscamente la espalda y soltando una estrepitosa carcajada.

Enrique se puso rojo de vergüenza y de cólera, y le dieron mas tentaciones de aplicarle una bofetada que darle un beso.

Pudo felizmente contenerse y á su vez volvió la espalda murmurando con voz reconcentrada al retirarse:  
—¡Me vengaré!

Y sin pérdida de tiempo corrió á ver á su amigo, aquel de quien lo hemos visto acompañado durante la representacion de *Les Turcs*.

Habló con él durante un cuarto de hora, y al concluir,  
—¡Me ayudarás? preguntó.

—Lo juro,—contestó el otro estendiendo gravemente una mano que Enrique estrechó entre las suyas profundamente conmovido.

—¡Gracias!—esclamó.

Y estrechando por segunda vez la mano de su amigo,

tomólo del brazo, y ambos echaron á andar á buen paso en direccion al Alcázar.

## Una víctima

### IV.

Monsieur Maillard, ó por otro nombre Zanahoria, francés segun unos, aleman segun otros; lo que para nosotros es de todo punto indiferente, pues la nacionalidad no hace al caso, ni al hombre; era un prójimo, (si vosotros quereis hacerle el honor de tomarle como tal,) de atléticas é imponentes formas; con un abdómen como un mundo, y una cabeza como dos; grueso, fornido como un luchador romano; con unas manoplas capaces de aplastar á un elefante de una puñada, y cimientos mas sólidos que los de la Catedral;—de rostro mo-fletudo y encendido como una remolacha ó una brasa de fuego, y un pescuezo mas formidable que el de un toro; y en fin, en conjunto, mas feo que Esopo, y mas repelente que. . . .lo que Vdes. gusten.

Decían que era introductor de alhajas.

Nosotros creemos que podría introducir cualquier otra cosa; pero no alhajas; porque en vez de introducir-las las desintroducía.

Y sino que lo diga la Douvry, que nunca como en aquella época lució mas gargantillas, y diademas, y brazaletes, cubiertos, cuajados de brillantes é infinidad de piedras preciosas de un valor fabuloso; que hacían bailar vivazmente los ojos de mas de un discípulo de Caco, y se atraían las miradas envidiosas de sus compañeras de CAN-CAN FURIOSO INFERNAL, *dansé par toute la troupe*, (\*) como Mr. Cochelin, director de es-

(\*) Traducción libre:—Bailado por toda la tropa. ¿De ovejas?

cena y marido *in-partibus* de Madame D'Harcourt-Cochelin, y que dicho sea entre paréntesis no ha sido el inventor de la pólvora, hace poner bombásticamente en los anuncios.

Monsieur Zanahoría era en aquel tiempo el favorito de Mlle., su amante, su íntimo, tan íntimo....!

Pero provisoriamente, nada mas que provisoriamente: mientras tuviera alhajas que ofrecer y billetes de Banco con que hacer papillotes á Mlle., porque una vez concluido esto ¡abur!—Leontina cuyo corazon se interesaba muy pocas veces; pero cuyo bolsillo siempre, sabía mudar de amantes como de camisas, con la diferencia de que las últimas al quitárselas las arrojaba indiferentemente á algun rincón, y los primeros los ponía bonitamente de patitas en la calle.

¡Oh volubilidad mujeril!

Y apesar de aquella prodigalidad en cambiar de amantes, muy pocas veces solía estar vacante la plaza, porque sobaban aspirantes así como sobran papanatas.

Monsieur Zanahoria estaba satisfecho de Leontina, y Leontina debía estar indudablemente satisfecha de Monsieur Zanahoria, apesar de sus cincuenta navidades, su colosal abdómen, y su prosaica figura y mas prosaica fisonomía, solo comparable á las de esas caricaturas estrafalarias que se ven pintadas en las cajitas de fósforos.

Daba gusto ver á aquel bestia de buen señor, arrellenado en una de las sillas de su palco, (ocupaba el tercero de la izquierda del escenario,) con los ojitos encandilados de mirar hacer cabriolas á su querida, y con un aire de vanidad satisfecha, de orgullosa superioridad al ver que merecía la preferencia de la mas bella de las bailarinas, y dándose unos humos de conquistador, de Don Juan Tenorio, que á su edad y con su porte, merecían un metrallazo.

Aquella felicidad debía ser para el pobre hombre muy poco duradera.

Una noche, noche fatal, durante un entreacto, encontrándose en su palco sumamente ocupado en hacer libaciones consecutivas, como tenía de costumbre, en honor del dios de las vendimias, fué sorprendido por la llegada de un pilluelo, género tan abundante por aquellos alrededores, que golpeándole suavemente en el hombro le entregó una carta.

Nuestro hombre se volvió con toda la ligereza que le permitía su grueso individuo, quiso detener al muchacho para interrogarle; pero aquel, listo como una ardilla, había desaparecido sin saberse por donde.

Monsieur Zanahoria, quedó con la carta en la mano y la boca abierta, haciendo un tan grotesco gesto de estupefacción que arrancó una estrepitosa carcajada de burla, á dos vivarachas grisetas que se encontraban en el palco inmediato.

Pasado aquel primer momento de estupor, nuestro héroe abrió la epístola, no sin cierto nervioso temblor de dedos, porque un cruel presentimiento le atormentaba, y empezó á recorrer con la vista su contenido.

La carta, escrita en correcto castellano, y con letra pequeña, pero legible y hermosa, estaba concebida en estos términos :

« ¡Guerra al amancebamiento !

« La sociedad del Zipizape, al benemérito y nunca  
« bien ponderado Señor Maillard ó Zanahoria. (q. d. g.)

« Si en el improrogable término de ocho dias, á con-  
« tar desde la fecha, el Señor Maillard, no ha abando-  
« nado á Mlle. Douvry, el Alcázar y sus alrededores;  
« los que suscriben, miembros de la distinguida y ho-  
« norable sociedad del Zipizape, tienen el honor de po-  
« ner en su conocimiento que harán un zipizape ejem-  
« plar, sin igual en los fastos de la historia Alcazarera;

« lanzando sobre el Señor Maillard mas calamidades  
« que las que la justiciera mano de Dios envió sobre la  
« decantada tierra de Egipto.»

« Lo que se le comunica á sus efectos.

« Dios preserve á Vd.

« Dado en la sala de sesiones del Zipizape, retretes  
« del Alcázar, á los siete dias de Abril de 1874.--*Pelo-*  
« *tera—Carnero Rambouillet. — Guanaco. — Visea-*  
« *chon.—Chiripas—etc. etc.*»

Seguian hasta veinte firmas de nombres tan pintorescos y caprichosos como los anteriores.

La nota era concisa; pero clara y terminante.

Y Monsieur Zanahoria no abrigó por un solo instante la lisongera esperanza de que ella no fuera otra cosa que una broma sin consecuencias.

Antes por el contrario creyó, y creyó á puño cerrado, que se trataba de algo formal, y muy formal, y que la amenaza que se le hacía había de verla realizada.

Sin embargo, como por muy cobarde que sea un hombre, (y Monsieur Zanahoria era tan valeroso como una araña,) existe un no sé qué en su interior á que llamar amor propio, el Tenorio despreció, ó hizo que despreciaba la intimación, y colocando la nota bajo el taco de una de una de sus botas, se pavoneó aquella noche por el Alcázar pisoteándola insolentemente.

Aquel era un reto audaz á los del Zipizape, que por lo que parecía no era gente con quien se pudiera jugar impunemente.

Monsieur Zanahoria habia cometido un disparate.

Si ántes existía algun motivo para sacudirle un poco el polvo, entonces podía tener la seguridad de que lo iban á dejar como nuevo.

Bien pronto debía palpar y sentir las lastimosas consecuencias de su atrevimiento sin ejemplo.

A la siguiente noche, sentarse en una de las sillas de



su palco, y dar un tremendo salto y un berrido espantoso de dolor y rabia, que dió al traste, (y esta era la parte ofendida,) con toda su campanuda gravedad; fué todo uno.

¿Le había picado alguna víbora? Algo mas.

La silla estaba cubierta de alfileres diestramente colocados, cuyas agudas y penetrantes puntas, al dejarse caer descuidadamente y á plomo sobre ellas, habían buscado alojamiento en la parte posterior de nuestro grueso caballero, que entre paréntesis débemos decir que no se encontraba muy dispuesto á recibir huéspedes que se anunciaban tan amablemente.

Monsieur Zanahoria comprendió de donde venía el tiró; pero todavía se mantuvo firme.

Sin cuidarse de su *picadillo*, aunque algo molestado por él, volvió á la noche siguiente al Alcázar.

Entonçes examinó detenidamente las sillas, una por una; pero ya los alfileres habían desaparecido.

En vista de que nada había que temer, tomó asiento en una de ellas dando un prolongado suspiro de satisfaccion.

Mas acomodarse en la silla, y hacerse esta doscientos mil pedazos, dando por tierra con la humanidad del Señor Zanahoria, que quedó con las piernas al aire y en la mas cómica y risible situacion que imaginar se puede; fué la misma cosa.

En todo el Alcázar resonó una nutrida salva de aplausos y carcajadas, mientras cien voces primero y mil despues, gritaban á la vez con acento potente:—¡Zanahoria! ¡Zanahoria!

Este entretanto hacía desesperados esfuerzos para levantarse sin poderlo conseguir.

Los aplausos se multiplicaban y los gritos y carcajadas tambien.

Mousieur Zanahoria se desesperaba, rabiaba, se po-

nía rojo, verde y amarillo, de todos los colores del iris, luchando en vano por recobrar su perdida gravedad.

Estaba siendo la burla, el házme-reir de todo el Alcázar.

Por fin consiguió ponerse de pié, y lanzando con su voz de energúmeno una enérgica y furibunda interjección, que no es para repetida, amenazó con el puño á la muchedumbre, se hundió el sombrero hasta las orejas, y echó á correr hácia la calle como alma que lleva el diablo, siendo saludado por despedida con una doble dosis de aplausos y carcajadas que se prolongaron hasta diez minutos despues.

A la siguiente noche la Douvry esperó en vano á Monsieur Maillard.

Este no había podido resistir mas las inocentes bromas de que era objeto, y se había marchado á Montevideo.

¡ Feliz viaje !

La Sociedad del Zipizape triunfaba, y debía estar de felicitaciones.

Leontina que supo de donde partía el golpe, por una atenta nota que se le pasó en que se le daba detalladamente cuenta de lo sucedido; aunque ignorando, y lejos de figurarse quien la componía y dirigía, maldijo una y un ciento de veces aquella odiosa Sociedad, que empezaba á causarle tan graves perjuicios, porque le arrebatava, podía decirse, algunas alhajas de que pudiera aun haber alivianado á su ex-amante.

En la misma nota la Sociedad le prometía que en breve tendría personalmente noticias de ella.

Pero Leontina era valiente, y no hizo el menor caso de aquella amenaza.

## **De como se hacía sentir la Sociedad del Zipizape**

### V.

Mlle. Leontina Douvry hizo muy mal en despreciar la amenaza del Zipizape, y mas mal aun en contestar con el descomedimiento insultante con que lo hizo.

Le hubiera sido mucho mas conveniente una transaccion amistosa con sus ocultos enemigos.

Esto, al menos, le hubiera evitado muchos disgustos.

Pero el carácter de Mlle. no se prestaba á transacciones que por muy satisfactorias que para ella fueran, siempre las consideraba humillantes para su honorable persona.

Ella, pues, y solo ella fué la culpable de los males que le sobrevinieron.

Desde el dia que Mr. Maillard desapareció como un meteoro para ir á brillar con sus brillantes á otras regiones, puede decirse que Mlle. no tuvo un instante feliz.

A cada momento tenía nuevos motivos para odiar mas cordialmente á la malvada sociedad que se complacía en herirla desde la sombra.

Era una cobardía.

Mlle. hubiera deseado encontrarse frente á frente de ella, para insultarla y hásta abofetearla á su placer.

Pero la prudencia dicen que es una virtud.

Y los miembros del Zipizape tenían la virtud de la prudencia.

No daban la cara;—pero trabajaban activamente á juzgarse por los resultados.

**Leontina estaba furiosa.**

Una noche, una mano misteriosa había dejado un aviso en casa de cuanto médico existe en Buenos Aires, (que no son pocos,) suplicándoles se sirvieran pasar á la brevedad posible por la calle de tal número tantos, domicilio de la Douvry, y al siguiente día la casa de Mlle. se vió atestada de galenos que solícitos acudían al llamamiento.

Aquella se encontró en graves apuros para despedirlos á todos amablemente y disculparse con ellos; fingiendo una alegría que estaba muy léjos de sentir.

Los Hipócrates se retiraron murmurando.

Y Leontina quedó con algunas gotas mas de hiel en el corazon; y acrecentado lo menos en cien toneladas su ódio al Zipizape.

No trascurrió mucho tiempo sin que sucediera lo que con los médicos, con las parteras, los solicitantes de empleo y mozos de cordel.

Agréguese á esto las caricaturas un tanto libres hechas á la minuta, y con carbon, del Dr. Bismark, Zanahoria y Leontina, que aparecían todas las mañanas en las paredes de la casa de esta última; y las notas burlonas, y algo mas libres que las caricaturas, que continuamente le pasaba la Sociedad que tan pesadas bromas le prodigaba, y se tendrá una idea de la envidiable suerte de la bailarina.

Apurada al extremo su paciencia, loca, fuera de sí, concluyó por dar parte á la Policía; pero aunque esta hizo cuanto le fué posible por complacer á Mlle., no pudo dar con los culpables.

Es innegable que la Sociedad del Zipizape era sumamente original, graciosa, y prudente.

Tenía una manera particular de atacar y herir.

Es mas dolorosa y punzante la burla, que era el arma manejada por ella, que la mas formidable y cetera estocada.

Por mí, sé decir que prefiero un puntapié á una carcajada.

Ignoro si mis lectores serán de la misma opinion.

La Sociedad del Zipizape se reia, y se reia de manera que hacía llorar á Mlle.

Entre otras muchas locuras, que desgraciadamente no tenemos presente en este instante, recordamos una que es la que vamos á tratar de referir.

Era una hermosa tarde de Abril.

Leontina estaba sentada en una de las ventanas de su casa, absorta en profundas cavilaciones, lamentándose *in-menti* de los disgustos que le ocasionaba la Sociedad, y meditando sobre la manera de poder vengarse de ella.

Un ruido semejante al que causaría una tropa de caballos, arrancó á Leontina de sus meditaciones, obligándole á alzar los ojos que fijó, distraidamente al principio y con curiosidad despues, en la calle, poco antes desierta.

Entonces pudo notar como hasta una veintena de músicos ambulantes, arpistas, violinistas y flautistas, cada cual con su respectivo instrumento; que la miraban sonriendo maliciosamente, y que al notar que se fijaban en ellos, se quitaron simultáneamente los sombreros haciéndole un cortés saludo.

La Douvry apesar de comprender al instante que aquello era una nueva burla del Zipizape, no pudo contener una carcajada al ver las grotescas y estrafalarias figuras de los musicantes que con tan aparente respeto la saludaban, y á su vez correspondió al saludo con una graciosa inclinacion de cabeza.

Los paganini alentados por la amabilidad de la sirena, y obligados á corresponder su atencion, desenfadadamente los instrumentos, y á una señal convenida rompió atronadoramente la orquesta.

Leontina tuvo que taparse los oídos y cerrar la ventana.

La sinfonía era insufrible; descomponía el vientre, daba calambres.

Imaginaos que una fracción de la orquesta tocaba un vals de la Traviata, otra un trozo de Norma, y la demás allá uno idem de la Favorita;—to lo esto mezclado, confundido, revuelto; formaba un *desconcierto* diabólico, infernal, que obligaba á echar á correr á los perros de la vecindad y rompía los tímpanos á los vecinos, que alarmados por aquel estruendo sin igual, asomaban por las ventanas, puertas y balcones, sus rostros des-pavoridos.

Retemblaban los cristales de las ventanas, los edificios se estremecían, y crujían furiosamente las maderas de las puertas, bajo la impresion de aquella sinfonía de condenados.

Los ratones huían en desbandado tropel, cruzando como centellos en todas direcciones, é iban á buscar un seguro refugio bajo las polleras de las señoras.

El cólera que había desaparecido hacía algun tiempo de la escena, es fama que se dejó sentir ese dia con su respectivo séquito de retorcijones y espeditivos lanzamientos, causando mas víctimas en el barrio que las habidas en la gran batalla que dió Atila contra el rey godo Teodoro en 445. . . .

Cuentan tambien que S. M. Carapachay número uno, aunque se hallaba á media legua del teatro de la accion, se estremeció en su real asiento, dejando escapar de entre sus dedos una narigada de rapé que en ese momento llevaba á sus narices reales;—y creyendo que semejante atronadora barahunda procediese de una revolucion ó conspiracion contra su persona, envió á todo escape á los húsares de su guardia con órden á los gefes de los cuerpos que se encontraban en la Capital, de poner inmediatamente sus tropas sobre las armas.

La Ciudad' se alarmó.

Se echaron á vuelo las campanas, y los marciales sonidos de los clarines y tambores se lanzaron al viento, llevando la alarma á los mas apartados rincones de la poblacion.

Su Ilustrísima murmuró entre dientes un padre nuestro, encomendándose de todo corazon á todo los santos de la corte celestial.

Los bigotes del Dr. Bismark encanecieron.

El autor comenzó á escribir su epitafio.

Y etcétera.

Entretanto, furibunda, atronadora, la infernal orquesta seguía haciendo un estruendo de mil y pico de diablos; de manera que no parecía sino que el mundo se derrumbaba.

La Douvry se había metido bajo su cama, y echádose encima todos los colchones de la misma.

Rabiaba, maldecía, rujía.

Amenazaba al cielo y á la tierra, á la tierra y al cielo; juraba y perjuraba; y su boca se había convertido en un estanque de sapos y ranas.

En aquellas circunstancias se había olvidado hasta de fumar y beber cerveza.

Solo pensaba en el modo como podría *arañar* á la abominable sociedad del Zipizape, causa de todo aquello.

Intervino por último la policía, y *vellis nollis* la récua de musicantes albórotadores, fué dispersada á mache-tazos.

Cesó el infierno.

Y la calma volvió á todos los pechos, el regocijo á todos los corazones, la sonrisa á todos los lábios.

S. E. revocó la orden, y volvió á tomar rapé con plácido semblante.

S. I. dejó en la mitad su *pater-noster*.

Las campanas enmudecieron.

Los mostachos del Doctor, volvieron á adquirir su primitivo color.

Y el autor arrojó la pluma y abandonó la composicion del epitafio

Mlle. salió de bajo la cama y encendió un cigarrillo, haciendo destapar una botella de *gim*.

Para olvidar aquel nuevo disgusto, entre trago y traguito que se echaba al colete con admirable flema, tomó una *mona* de grueso calibre, de Dios te guarde, de bailar de cabeza; que la hizo caer rendida y dar con su personalidad por tierra quedando en el acto dormida como un tronco, con pasmosa y envidiable *tranquilidad*.

Hasta la noche no despertó.

Trascordada hasta el punto de haber casi olvidado lo sucedido, se vistió apresuradamente y se dirigió al Alcázar donde ya la esperaban.

Esa noche, animada por los vapores alcohólicos que aun bullian en su cabeza, desempeñó el papel que le estaba encomendado, con bastante gracia y desenvoltura, como no lo había hecho jamás.

Cuando la funcion terminó, como casualmente no tenía quien la acompañara, se retiró sola á su casa.

Allí la esperaba una agradable sorpresa. •

## La última calaverada

### VI.

Era la noche del 25 de Abril.

Una noche de luna, hermosísima, clara, poética.

Daban las doce cuando Leontina puso la llave en la cerradura de la puerta de su casa, y penetró en el estrecho pasadizo, volviendo á cerrar de nuevo aquella.



Los pálidos destellos de la luna filtrando por entre las celosías de la otra puerta del zaguan, que era de madera, dejaron ver á Mlle. un cuadro imponente, aterrador, que la hizo estremecer; á ella, á Leontina, que tenía el corazon mas valiente que se ha encerrado en un pecho mujeril.

Pero el espectáculo que se ofrecía ante su vista no era para ménos.

Figuraos que de cada uno de los costados del zaguan había colocados seis hombres, cubiertos con oscuras y luengas capas, embozados hasta los ojos, mudos, fijos, inmóviles como estátuas, y á quienes se hubiera tomado por tales á no notarse el brillo de sus ojos, brillo fantástico, fosforecente, como el de la luciérnaga en la oscuridad.

Leontina no pudo contener un ligero grito de terror, é instintivamente retrocedió llevando la mano á la empuñadura de su *revolver*.

Una voz alterada; pero sonora y decidida, una voz que la Douvry con sorpresa creyó reconocer, se dejó oír, impidiendo que aquella sacara el arma del bolsillo donde la llevaba.

—No os apresureis, Señorita, no os apresureis, exclamó aquella voz con tono conciliador. Para todo queda tiempo. Si gustais podreis hacer uso de ese juguete sirviéndoos de blanco todos nosotros, uno por uno; pero no será sin que antes me permitais deciros dos palabras, dos palabras que no tienen otro objeto que el de poner en vuestro conocimiento la razon porque tenemos el placer de encontrarnos en vuestra presencia. ¿No os parece bien?

Mlle. no contestó.

Semordía los lábios hasta el punto de que algunas leves pintas de sangre aparecieron en ellos.

Aquel despreciativo silencio no hizo mucha impresion al orador, que prosiguió con toda calma :

—¿Y bien? ¿No quereis tener la bondad de contestarme? Pues tendremos el sentimiento de quedarnos sin vuestra contestacion. No hay necesidad que os tomeis la molestia de responderme. ¿Sabeis quien os habla ?

—¿Quién?—profirió vivamente Leontina sin tener conciencia de lo que hacía, y dejando oír recien entonces su voz vibrante de cólera y de impaciencia.—¿Quién?

—¡Oh! ¿hablasteis por fin? Me alegro, me alegro mucho, replicó la voz con risueño tono. Muchísimo me agrada oír vuestro armonioso acento. Pero ya que habeis tenido la amabilidad de contestarme, no tengo el menor inconveniente en satisfacer vuestra curiosidad: soy el presidente del Zipizape! ¿Me conoceis ?

—Si, sí, —gritó Leontina furiosa al oír el odiado nombre de aquella misteriosa sociedad que tanto mal le había hecho;—sé que eres un miserable, un infame, un canalla, un....

—¡Silencio! clamó la voz con bronco y terrible acento. ¡Silencio, mujer!

Mlle. apesar suyo obedeció aquel mandato, y calló.

Luego, cambiando repentinamente de entonacion, prosiguió la voz con acento mas dulce; pero sarcástico, frio, punzante, como la aguda punta de un puñal.

—Sí, yo soy, querida mia, que despues de las muchas pruebas de cariño que os he dado, he querido llevar mas allá mi galantería, demostrandoos una vez mas el inmenso amor que os profeso. Al efecto he ordenado que doce miembros de la honorable Sociedad del Zipizape, cuya adhesion á vuestra persona no os es desconocida, vinieran á vuestra casa, rindiendo justo homenaje á la belleza y la impureza en vos personificada, á ofreceros sus respetos, proclamaros la reina de las hermosas y las cortesanas, y declararse desde

hoy vuestros mas fieles, atentos y seguros servidores que vuestras manos besan. ¿Verdad caballeros?

Los doce embozados inclinaron lenta y silenciosamente la cabeza, la alzaron de nuevo, se quitaron los sombreros, se los volvieron á poner, y quedaron nuevamente inmóviles como estatuas.

Aquella pantomima era tácita, pero elocuente.

El que llevaba la palabra prorumpió en una estridente carcajada que hizo erizar de espanto los cabellos de la Douvry, y aun se sintió recorrer un nervioso estremecimiento en las filas de sus mismos compañeros.

—Y como testimonio de la verdad de mis palabras, continuó burlescamente el orador, os ofrezco este jazmin, flor bien escasa en este tiempo, á la verdad, y que recibireis como un recuerdo de esta agradable noche.

Y el que hablaba, desembozándose rápidamente, presentó con la mas perfecta galantería á Leontina, un precioso jazmin del cabo, menos blanco que el alterado rostro de nuestra bella heroina en aquellos momentos.

Sin saberse cómo, en aquel mismo instante se abrió violentamente de par en par la puerta que daba al patio, bañando una ténue claridad el zaguan, y dando de lleno los pálidos rayos de la luna sobre el semblante del que se decía presidente del Zipizape, que de pié en medio del pasadizo, con la capa recojida hácia atrás, el sombrero en la mano izquierda, y el jazmin en la derecha, brindaba este último á Leontina, ligeramente inclinado hácia adelante, y dejando vagar por sus lábios una burlona sonrisa.

Aquella, dando un grito mas de sorpresa que de terror, exclamó retrocediendo:

—¡Tú! ¡Tú, Enrique!

—Sí, yo, contestó aquel hombre con enérgico y ronco acento, y avanzando á medida que la Douvry retrocedía;—yo, Enrique Guzman que te ha ádorado y á quien

has despreciado; yo el presidente del Zipizape; yo que te he perseguido incesantemente, que he sido tu sombra, que te he incomodado, te he fastidiado, he jugado contigo. ¿Sabes ahora quién soy?

Mlle. no contestó de palabra, pero sí de obra; porque antes que pudiera preverse su rápido movimiento se abalanzó como un tigre sobre el caballero, que muy ageno de pensar en aquel brusco ataque no pudo evitarlo, y descargó furiosa sobre su mejilla izquierda un formidable bofetón que estalló como una bomba é hizo tambalear un instante al agredido. Tal había sido la delicadeza de aquella caricia aplicada por una mano hábil y ejercitada.

Junto con el ruido de la bofetada se oyó un rugido, un rugido salvaje, fiero, tremendo, como el de un león herido; que dominó el grito de admiración de los doce socios del Zipizape, que quedaron como petrificados ante el temerario arrojó de aquella mujer incomparable.

Era Enrique quien lo había dado; Enrique cuyo rostro encendido por la indignación y violado por la bofetada, espresaba una sombría espresión de cólera y de terrible amenaza.

Iba á lanzarse sobre su agresora, adelantó un paso con los puños convulsivamente apretados y las miradas centelleantes, pero se contuvo;—y saludándola de nuevo con esquisita finura, exclamó sencillamente, sin que pudiera notarse en su voz la mas ligera alteración:

—¡Gracias!

Y en sus lábios volvió á aparecer aquella fría y burlesca sonrisa que atormentaba lo que no es decible á la Douvry.

—¡Miserable! gritó esta exasperada por aquel nuevo desprecio. ¡Cobardel! ¡Borrachon! (!!)

En el apogeo de su cólera, esta última palabra era la favorita de Mlle.

Enrique soltó una segunda carcajada, mas fria, mas sarcástica que la anterior.

—¡Oh! yo haré que no te rias, infame, barbotó aquella en el paroxismo del furor, yo haré que no vuelvas á reir mas !

Y sacando rápidamente su *revolver* del bolsillo, apuntó á Enrique, y antes que nadie pudiera oponerse hizo fuego sobre él.

Retumbó la detonacion y junto con ella un nuevo grito unánime y amenazador de los sócios del Zipizape; cayeron al suelo las capas como por encanto, aquellas inmóviles estátuas se animaron, y la Douvry se vió inmediatamente rodeada por un círculo humano insalvable, mientras que las bocas mortíferas de doce *revolvers* apuntaron á la vez al pecho de aquella valiente mujer.

Enrique entretanto había caido por tierra cubierto de sangre que brotaba á torrentes de una herida que había recibido en el pecho; pero sin pronunciar una palabra, sin dejar oír una queja.

Al ver la accion de sus compañeros que ponía en grave riesgo la vida de aquel sér á quien había amado tanto y por quien tantas locuras había cometido, por un esfuerzo supremo de su voluntad de hierro, se puso de pié como un relámpago, y estendiendo los brazos en ademán suplicante hácia sus compañeros exclamó :

—¡Por piedad, amigos míos, por piedad, no la mateis! ¡No veis que yo la amo todavía !

Había tanta emocion unida á tanta ansiedad en aquellas palabras que brotaban de lo mas íntimo del pecho del jóven, revelando cuanto debía sufrir en aquellos momentos y cuan inmenso debía ser su amor por Leon-tina, que los del Zipizape se sintieron conmovidos, y como impulsados por una fuerza superior bajaron simultáneamente las armas, dejando en libertad á la Douvry.

En aquel momento se oyó en la calle un confuso vocerío unido á un ruido de pasos precipitados y al galope de varios caballos.

Era la policía que, contra su costumbre, alarmada por la detonacion acudía á informarse de lo ocurrido.

## **La última calaverada**

(CONTINUACION DEL ANTERIOR.)

### VII.

Este suceso no era, ni con mucho, suficiente para atemorizar á hombres del temple de los del Zipizape; mas su gefe se encontraba herido, debilitado, sin fuerzas; no podría seguirlos; y en este caso la cuestion variaba de aspecto.

Todos se miraron los unos á los otros, indecisos, sin saber que resolucion tomar.

La voz de Enrique, que con la proximidad del peligro, había recobrado su antigua energia, los sacó de aquella incertidumbre.

—Huid, amigos míos, huid, les dijo. Mi herida es leve y podría acompañaros; pero necesito quedarme aquí. Huid, os lo suplico; dejadme solo. Ahuyentadme á los sabuesos de la policía, eso sí; dispersadlos á pistolazos si es necesario, y cuidad de que vuelvan á molestarnos mas por aquí esta noche; pero marchad, marchad al instante.

La súplica se parecía á una orden, á una orden terminante que no admitía réplicas ni vacilaciones.

Los doce miembros no replicaron.

Recojieron sus capas, se embozaron en ellas, echaron sus chambergos sobre los ojos, y formados de dos

en fondo se dirijieron á la puerta, lenta y silenciosamente.

A una señal dada por Enrique, los dos que marchaban á la cabeza dieron un récio golpe á la puerta que se abrió violentamente de par en par, y todos en tropel se lanzaron á la calle, volviendo á cerrar en seguida aquella.

Todo esto había pasado con la rapidez de una exhalacion.

Por fuera debió haber un momento de infernal confusion.

Se oyó el estruendo de veinte detonaciones consecutivas, confundido con el repetido choque de sables, carreras de caballos, corridas de á pié, golpes secos como de cuerpos al caer por tierra, voces que amenazaban, y gritos y silbidos que pedían desesperadamente auxilio; quejas lastimeras, maldiciones, imprecaciones, blasfemias, y aullidos feroces;—que no parecía sino que hubiera llegado el dia de San Bartolomé, en que aseguran las viejas que los diablos andan sueltos.

Toda aquella algarabía la originaba la Sociedad del Zipizape.

La Sociedad del Zipizape que al ir á perderse de nuevo entre las tinieblas de donde había nacido, quería dejar un inolvidable recuerdo de su existencia con aquella aventura, la mas atrevida y arriesgada que emprendiera hasta entonces, y debía registrarse en los anales de su vida, tan efímera si, pero tan llena de acontecimientos extraordinarios, de curiosas y originales peripecias.

Enrique, entretanto, apoyándose en la puerta de calle, con el oido puesto en el ojo de la cerradura, y pudiendo apenas mantenerse de pié, debilitado por la considerable pérdida de sangre que sufría, había escuchado con una ansiedad infinita, con una impaciencia febril

hasta los mas leves rumôres de aquella estrepitosa bahunda, de aquella batalla de condenados que se estaba librando á dos pasos de donde él se encontraba, y en la que se traslucía por el brillo que irradiaban sus negras pupilas, y el nervioso estremecimiento de su cuerpo, que hubiera deseado tomar una parte mas activa.

Pero la situacion en que se encontraba se lo impedía.

No podía moverse: estaba como enclavado en aquel sitio por una fuerza superior, infinitamente mas poderosa que la suya.

Por fin cesó el ruido.

Vencidos ó vencederos los del Zipizape habían cumplido la órden de su gefe.

La calle había vuelto á quedar desierta y silenciosa.

Las dos sonaron melancólicamente en el reloj del Cabildo.

La noche marchaba á pasos precipitados hácia la eternidad.

Enrique, apoyándose siempre en la puerta, volvió sus ojos á Leontina.

Esta, á su vez, sostuvo la mirada de Enrique.

Reinó un momento de profundo silencio.

Aquellos dos seres, nacidos talvez para amarse y que la fatalidad separaba, se miraron un momento, fijos, inmóviles; con una mirada que en Enrique expresaba el amor, y en Leontina la admiracion.

Tal vez empezaba á comprender á aquel hombre.

Tal vez....

Pero no adelantemos los sucesos.

La voz dulce, y que se debilitaba por grados, del herido, se dejó oír.

—Leontina, dijo, Leontina: perdóname. Yo te he hecho sufrir mucho, demasiado; lo comprendo. Tú me obligaste.... Perdóname el mal que te he hecho



como yo te perdono el que me has causado. Dime que me amas, una vez, una sola vez siquiera, y moriré tranquilo, y bendeciré la mano que me ha dado la muerte. ¡Leontina! ¿No me oyes? ¿Te vuelves....? ¿Me rechazas....? ¡Por piedad, por piedad....!

Leontina no le rechazaba, no podía rechazarle:—había vuelto la cabeza para ocultar dos ardientes lágrimas que á su pesar rodaron de sus ojos quemando sus mejillas.

Se conmovía. Aquel corazón de roca empezaba á ablandarse. El amor triunfaba.

Si Enrique hubiera visto aquellas lágrimas, si hubiere comprendido lo que en aquel instante pasaba en el interior de la Douvry, habría caído á sus piés, loco, fuera de sí de alegría.

Pero no pudo notarlas, ni mucho menos tenía el don de poder penetrar los misteriosos arcanos del corazón humano, y prosiguió tristemente, con mas ternura; con una voz llena de melancolía que llegaba al alma :

—¿No quieres perdonarme? No seas cruel, Leontina; escucha mis ruegos, compadécete de mis sufrimientos. Es un moribundo el que te habla. Ya ni amor te pido. Tu perdón y un recuerdo tan solo es lo que anhelo; un recuerdo mañana cuando ya todos me hayan olvidado, cuando se haya borrado del mundo hasta mi nombre. ¿No me oyes? ¿que contestas? ¡Dios mío! ¿Estaré condenado á no ser jamás comprendido? ¡Leontina, Leontina....!!

No pudo proseguir. Los sollozos ahogaron su voz. Quiso llorar y no pudo.

Dió un grito, estendió los brazos suplicantes á la Douvry, y cayó pesadamente al suelo como herido de un rayo.

A aquel grito de agonía, éco postrero de una alma lacerada al abandonar la materia, contestó Leontina,

con otro desgarrador, de inmensa angustia, de infinita desesperacion.

Pálida, desencajada, con las miradas estraviadas por el dolor y el espanto, corrió hácia Enrique, y arrodillándose á su lado, cojió entre sus manos la inerte cabeza del herido, y apartando los cabellos que cafan desordenados sobre su frente, la reclinó amorosamente en su regazo, cubriendo de besos y lágrimas su pálido semblante.

La luna, muda testigo de aquella tierna y dolorosa escena, enviaba sus apacibles rayos, derramando una luz suave y melancólica sobre aquel grupo conmovedor.

—¡Muerto! ¡muerto!—murmuró con ronco acento la desgraciada mujer. ¡Y yo soy su asesino! ¡yo! ¡miserable de mí !

Y un torrente de abrasadoras lágrimas inundó su rostro á que el dolor prestaba un tinte de sobrenatural belleza.

—Enrique, mi bien, mi alma;—prosiguió luego con creciente exaltacion entre sus lágrimas y sollozos. Yo te amo, te adoro. Vive, vive, mi amor, y seré tuya, tuya para siempre! Seré tu amante, tu esclava;—pero vuelve á la vida, mírame, escúchame. ¿No me amas ya? ¿no me oyes....? ¡Si está muerto....!! concluyó con desgarrante acento.

Como para rectificar sus últimas palabras, un ténue suspiro escapó de los entreabiertos y descoloridos lábios del herido.

Leontina lanzó un grito de delirante alegría y se inclinó ansiosamente sobre él.

Púsole la mano junto al corazon y contó sus leves latidos.

—¡Vive, vive! exclamó con trasporte, uniendo sus lábios á los lábios de Enrique y depositando en ellos mil

besos de fuego como procurando reanimarlo con su benéfico calor. ¡Vive, vive todavía!

A haber presenciado aquella escena hubieran muerto de celos y rabia el Dr. Bismark, Zanahoria, y casi casi me atrevo á asegurar que hasta este humilde servidor de Vdes., aunque no es mas que un adorador pacífico y de léjos de la señorita Leontina Douvry, como lo es asimismo de todas las señoritas habidas y por haber.

Leontina una vez pasados los primeros trasportes de su alegría, se irguió decidida, valiente, arrebatadora.

Sus lágrimas se habían secado, y sus ojos, su semblante, todo su ser entero rebosaba de júbilo y felicidad.

Con una fuerza de que se la hubiera creído incapaz, cojió al jóven entre sus delicados brazos, y con él entre ellos, conduciéndolo como si fuera un saco de levísima viruta, (pluma es muy usado,) corrió rápidamente hácia su dormitorio, y abriendo de un violento *coup de pied* la puerta de él, penetró con su pesada y para ella preciosa carga, profiriendo, al entrar, con voz trémula de emociou, pero con tono de profunda seguridad:

—¡Le salvaré, le salvaré!

## Conclusion

Dos meses han pasado.

La Sociedad del Zipizape ha desaparecido de la noche á la mañana de su centro de operaciones: el Alcázar; sin que se haya vuelto á oír hablar mas de ella.

De nuestro amigo Enrique, nos es muy grato poner en conocimiento de nuestras amables lectoras, (si lectoras amables hay que esta obra lean, ó hayan leído, ó hubieren de leer,) que merced á los solícitos y cariñosos cuidados de su bella enfermera, se encuentra hoy

completamente curado, moral y físicamente, y se halla en su casa en las horas que no está fuera de ella, á la disposicion de todo aquel que desee verlo, siquiera sea para hacerle algun presente.

Hemos dicho que se encuentra curado moral y físicamente, por que no solo se ha restablecido completamente de su herida, sino tambien de su amor, pasion ó locura como querais llamar á ese sentimiento que experimentó por la Douvry.

No hay en este mundo felicidad duradera, porque hasta la misma felicidad hastía.

Enrique fué dichoso cuanto puede serlo una criatura, porque llegó á ver realizado su único y ardiente deseo, y cumplido su juramento; pero esta felicidad fué de muy corta duracion.

Con la posesion del objeto que anhelaba, sin tener nada mas que desear, se hastió al fin de su propia dicha, y en la actualidad no es otra cosa que un amigo cariñoso y leal, ó un hermano si se quiere, de Mlle. Leontina Douvry.

Así concluyó su amor y las innumerables locuras que él le hizo cometer.

Y aquí concluyen tambien los *Misterios del Alcázar*, cuyas muchas faltas el autor espera de sus complacientes lectoras se dignen perdonárselas en gracia de su buena voluntad.

Y punto final.

¡ Abur !

